

Newton Compton Editores

Título original: *Tokyo a mezzanotte*

© 2021, Newton Compton editori s.r.l.

© 2023, de la traducción por Marta Cueva Cambor

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2023

Newton Compton editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-23-1

Código IBIC: FA

DL: B 2.013-2023

Composición y diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en junio de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Mia Another

Tokio a medianoche

Traducción de Marta Cueva Cambor



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Glosario

Edamame: frijoles de soja inmadura que normalmente se hierven en agua o se cuecen al vapor y se sirven como aperitivo dentro de su propia vaina.

Gaejin: término despectivo hacia las personas que no son japonesas.

Itadakimasu: expresión de cortesía que emplean los japoneses antes de recibir una comida para agradecer los alimentos. Se utiliza de forma similar a nuestro «buen provecho».

Moshi moshi: expresión japonesa que se utiliza para responder a una llamada de teléfono con un familiar, un amigo o una persona de confianza.

Otou-san: padre.

Yare, yare: interjección típica japonesa que tiene más de un significado, pero que carece de término equivalente en nuestra lengua. Se puede interpretar como «¡maldita sea!» o como un suspiro.

Yakuza: mafia japonesa.

Prólogo

¿Cómo he podido acabar así? Solo estaba intentando arreglar las cosas, y en vez de eso estoy aquí, en un sucio callejón, retenida por la mafia, llorando y temblando de miedo, y preguntándome si algún día podré volver a casa.

Frente a mí hay tres tipos muy turbios que obedecen a un hombre alto y corpulento que viste camisa y lleva gafas de sol. Uno de ellos va armado con un puño americano y acaba de atacar a mi hermano en el estómago y en la cara, que ha terminado en el suelo, justo delante de mí.

Es como si estuviera dentro de una película que no quiero ver. Lo único que quiero es despertarme y ver que todo esto es solo una pesadilla.

Jamie respira con dificultad y está perdiendo sangre por el labio y por la nariz. Tengo que pedir ayuda. A la policía, a una ambulancia o a quien sea. Pero la mirada amenazante de los malhechores me paraliza. Tengo la sensación de que están a punto de agarrarme y hacerme algo horrible.

Jadeo y contengo la respiración. Mi rostro está bañado por una mezcla de lágrimas y de sudor. Estoy asustada y algo confusa. Saco el teléfono móvil del bolsillo, pero me tiembla la mano. Ni siquiera consigo desbloquear la pantalla.

De repente, uno de ellos me hace una foto. Me obliga a que me quede quieta de forma tajante, haciendo que me sobresalte y se me caiga el móvil al suelo. Me agarra del brazo antes de que yo pueda agacharme a recogerlo. Grito lo más fuerte que puedo, pero resulta completamente inútil. Estamos en un lugar

apartado y todos los edificios que hay alrededor están en obras. No hay nadie más que nosotros.

Intento escabullirme tirando de él, pisándole los pies y dándole patadas, pero es igual que golpear una pared de hormigón: no sirve de nada. Le sudan las manos y eso me da náuseas. Creo que voy a vomitar.

—¡Soltadme! —grito en mi lengua, que parecen no comprender en absoluto.

Tal vez alguien en la distancia esté escuchando mis gritos. Esto no puede acabar así, ¿no? Jamie y yo jamás hemos hecho nada malo, somos buenas personas. No merecemos morir apaleados en un callejón.

Madre mía, ya casi puedo imaginar los titulares de nuestra desaparición y nuestros restos ocultos para siempre en esta caótica ciudad que lo absorbe todo.

Me tiemblan las piernas. Empiezo a llorar desconsoladamente, sollozando en voz alta. Mientras tanto, Jamie empieza a toser sangre en un intento de levantarse del suelo.

—Os pagaremos. Os pagaremos todo —balbuceo en mi japonés imperfecto—. Por favor...

De repente, oigo el chirrido de las ruedas de un coche. Un frenazo brusco detrás de mí, el ruido de una puerta y unos pasos rápidos sobre el asfalto.

Y una voz que me es muy familiar y que ahora escucho todos los días: la de Naoki. Su tono de voz es menos apático que de costumbre, parece alterado. No sé qué hace en un lugar tan sórdido como este, pero ahora mismo no estoy en condiciones de pensar.

—¿Hay algún problema, caballeros?

El tipo que me está reteniendo me suelta inmediatamente y hace una reverencia, seguido por los otros dos, que le imitan con cierta torpeza.

No me lo puedo creer. Los miembros de la banda conocen a Naoki Saito. Incluso lo respetan. ¿Estará involucrado con la mafia?

Avanza con pasos rápidos. Lleva la corbata aflojada alrededor del cuello y los puños de la camisa desabrochados. Por lo demás, está impecable. Debe de haber venido corriendo desde la oficina. Se frota las muñecas, haciendo crujir los nudillos, como si se estuviera preparando para una pelea.

–Esto no va contigo, Saito-san –responde el más grande de todos. El único que no ha inclinado la cabeza al saludarle.

–En realidad, me temo que sí. Estáis asustando a mi novia.

Todavía estoy temblando. Me duele el pecho y siento que me va a explotar la cabeza. ¿Su novia, ha dicho? Debe de haber perdido la cabeza.

Naoki sigue caminando por el callejón y se detiene a mi lado. Esta vez no hace muecas, ni medias sonrisas, ni miradas de arriba abajo. Está serio, tan serio que da miedo. Me rodea la cintura con los brazos y se inclina hacia mí para susurrarme algo en inglés:

–¿Estás bien?

–Sí... yo sí, pero mi hermano...

–Tranquila. Déjame a mí.

No quiero ni pensar qué tipo de relación tiene con esta gente, ni cómo ha conseguido encontrarnos, pero me alegra tanto que haya llegado a tiempo.

–Saito-san... nosotros no sabíamos nada –dice el hombre de las gafas de sol al que ha intimidado mi jefe, tratando de arreglar la situación mientras señala a Jamie, que está encogido en el suelo–. Este chico no ha mantenido su palabra.

–Creo que podemos encontrar otra solución. Hablaré con Abe-sama –responde Naoki, seguro y firme, con la cabeza alta y la respiración tranquila, mientras tiene una de sus manos en mi cadera y la otra cerrada en un puño.

Está muy cerca de mí. Su perfume de canela llega hasta mi nariz y me tranquiliza. Ha venido aquí a por mí, como un superhéroe. No sé cómo lo hace, pero siempre está ahí cuando más lo necesito.

Los tres secuaces se ponen a murmurar entre ellos, algo dubitativos. Vuelven a hacer otra reverencia y se hacen a un lado

para dejarle vía libre hasta la puerta trasera del edificio. La misma por la que nos han empujado hace un momento. Dios mío, ¿de verdad quiere entrar ahí?

Él asiente, me suelta y da un paso hacia delante. Le agarro de una manga para detenerle.

–¿Qué haces? Esos tipos están locos, tienen armas...

–Lo sé, los conozco.

–¡Te van a matar!

–Ya veremos. Ahora coge a tu hermano y subíos al coche.

Date prisa.

–No, por favor. ¡Es muy peligroso!

Sigue avanzando y se gira hacia mí. Separa los labios para sonreírme y se le achican los ojos.

–Oh, Hailey... Estás tan mona cuando te preocupas por mí.

Hailey

Mi hermano siempre ha sido como un héroe para mí. Cuando éramos pequeños, me defendía de los matones y me ayudaba a hacer los deberes. Y más tarde, me enseñó a conducir.

Cuando crecimos, se convirtió en un claro ejemplo a seguir: le daban becas, tenía una media altísima, los profesores estaban contentos con él y siempre estaba rodeado de amigos. Se graduó en informática sin ningún problema, y eso nos hizo estar muy orgullosos de él.

Hace un par de años, hizo las maletas y voló hasta Tokio para hacer unas prácticas, y le gustó tanto la ciudad, que decidió mudarse allí y crear su propia empresa. Desde ese día, solo nos hemos visto cuando volvía a casa por vacaciones. Nos contaba todo tipo de anécdotas impresionantes sobre su vida en Japón y sobre el proyecto que estaba llevando a cabo: un juego para móvil que lo haría rico.

He pasado los últimos años de mi vida tratando de imitarlo. Me entregué a la lectura, descubrí cuáles eran mis puntos fuertes y terminé la universidad con éxito. Más tarde, estudié la forma de llegar hasta él y, gracias a algunos de mis profesores y a mis conocimientos, conseguí una entrevista para una empresa en Tokio. Necesitaba volver a ver a Jamie y, sobre todo, un cambio de aires.

Llevaba mucho tiempo soñando con poder hacerlo. Cuando me subí al avión, estaba muy contenta. Y lo estaba hasta hace unas pocas horas, justo antes de aterrizar. Antes de descubrir que en realidad Jamie...

–¡Eres un mentiroso de mierda! Dios, no me lo puedo creer. Nuestras conversaciones por teléfono, las videollamadas, los correos... ¡No has hecho más que mentirme!

–Hailey, puedo explicártelo. Por favor, cálmate.

–¿Cuánto tiempo llevas metido en eso? –le gruño enfadada. Él no parece muy preocupado. Se encoge de hombros y se rasca la nuca.

–Todo empezó a torcerse el año pasado.

–¿El año pasado? –repito alterada.

–Ahora te lo explico todo, ¿vale? Vamos a sentarnos.

–¿Y dónde se supone que vamos a sentarnos? ¡En este zulo no hay espacio ni para sillas!

Mi hermano coge una caja de cartón grande, la arrastra hasta el centro de la habitación y me hace un gesto para que me siente sobre ella. Yo pongo los ojos en blanco y me masajeo las sienes. Me duele mucho la cabeza, estoy agotada del viaje y aún no he podido descansar. El *jet lag* va a acabar conmigo. Me muero de hambre, pero tampoco tengo intención de abrir la vieja nevera que hay en una de las esquinas de la sala. Tiene una pinta horrible, el tirador está despegado y tengo miedo de que salga alguna cucaracha. Dios, qué asco. Este minúsculo apartamento es una pocilga. Hace un calor de mil demonios y no hay aire acondicionado. El baño no tiene ventanas, el ventilador de techo no deja de chirriar, el sofá está lleno de quemaduras de cigarrillo y apesta a humedad. Es el peor lugar que he pisado nunca.

–¿Y tu bonito piso en Shibuya?

–Nunca lo he tenido. Solo le hice unas fotos durante una visita con una agencia inmobiliaria.

–¿Y tu estudio, tus compañeros y el proyecto?

–Se ha ido todo al garete.

–Dios mío, Jamie.

Mi hermano se sienta con torpeza en el suelo y de piernas cruzadas, frente a mí. Le vendría bien afeitarse y arreglarse un poco el pelo. No sé cómo puede soportar toda esa mata de rizos con el calor que hace.

Empieza a gesticular, abre los brazos y me mira como para asegurarse de que realmente le estoy escuchando.

–Habíamos empezado bien. Todo iba de maravilla: trabajábamos día y noche en el proyecto y contábamos con lanzar el juego durante las vacaciones. Para nosotros iba a ser un éxito asegurado.

–¿Vosotros quiénes?

Jamie se frota la nariz.

–Yo y cinco programadores más.

–¿Cinco?

–Bueno, es un estudio independiente, ¿qué te esperabas?

–No sé, nos hablabas tanto de él cuando venías a casa –digo tajante, mientras me doy aire en la cara con la mano.

Me notó algunas gotas de sudor en la frente. Joder, el verano aquí es infernal, peor de lo que me esperaba.

–Bueno, estábamos avanzando a buen ritmo. Ya habíamos probado la versión alfa de nuestro *Bang Battle Royale*, y cuando nos pusimos a probar la versión beta empezamos a ver que el juego tenía muchos *bugs*.

–No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. ¿Puedes hablar como una persona normal, por favor?

Él se aclara la garganta y se revuelve el pelo.

–A ver, ¿cómo te lo explico...? Había muchos fallos. Contactamos con una empresa para que nos ayudara a probar el juego y asegurarnos de que todo funcionaba bien... pero fue todo lo contrario. Así que primero solucionamos los problemas más graves y después todo lo demás, pero en cuanto arreglábamos una cosa, empezaba a fallar otra.

Me llevo una mano a la sien y abro los ojos como platos.

–¿Cómo... cómo es posible?

Él abre los brazos y pone los ojos en blanco.

–¡No lo sé! Eso mismo dije yo. Aun así, tuvimos que aplazar la fecha de su lanzamiento hasta verano para asegurarnos de que podíamos terminar el trabajo y, mientras estábamos tratando de poner en marcha nuestro juego, pasó esto en primavera.

Teclea algo en su teléfono y después me enseña la pantalla: es un póster de un juego de descarga, pero está todo escrito en japonés y me duele tanto la cabeza que soy incapaz de traducir lo que pone.

–¿Qué es esto?

–Un *Battle Royale* con vaqueros. Es exactamente igual que el nuestro, pero con otro nombre. ¡Ah, y ha sido todo un éxito! ¿Has visto cuántos miles de descargas tiene? ¡Es toda una *killer app*! ¡Sabía que nuestra idea lo iba a petar!

–Ya estás volviendo a hablar así –me quejo negando con la cabeza.

–Estoy convencido de que la empresa con la que contactamos nos engañó para que ralentizáramos el desarrollo del *software* mientras le vendía nuestras ideas al mejor postor –continúa Jamie con el ceño fruncido.

–No lo creo. Tal vez se le haya ocurrido a alguien antes que a ti. A todo el mundo le gustan los vaqueros –respondo mientras me levanto tras oír crujir la caja sobre la que estaba sentada–. También podríais haber lanzado vuestro juego y haberles hecho la competencia.

–Ya no tenía sentido, Hailey. Hubiéramos lanzado al mercado un producto ya existente, nadie lo habría descargado. Al principio pensamos en planear otro proyecto, pero mis compañeros estaban tan nerviosos por todo el dinero que habíamos invertido para nada y por los meses de trabajo no remunerados que, al final, perdieron la confianza.

–Ya veo.

–Me dieron un ultimátum y me dijeron que iban a denunciarme. Así que tuve que pedir un préstamo para poder pagarles, porque ya me había quedado sin blanca –me cuenta angustiado–. Al cabo de unas semanas ya estaba arruinado, en busca de trabajo y endeudado hasta el cuello. Tuve que quedarme en un hostel barato, ya que el sueldo de repartidor no da para mucho más, y aquí sigo.

–¿Repartidor? –repito asombrada– ¡Pero si tú eres un genio de la informática!

–He enviado mi currículum a varias empresas, pero ahora mismo el sector está bastante saturado. Nadie quiere contratar a un occidental con tan poca experiencia –me explica mientras posa las palmas de sus manos sobre sus rodillas y suspira, agachando la cabeza–. Este lugar es una jungla, hermanita.

–¿Y ahora qué vas a hacer para pagar el préstamo?

–No tengo ni idea. Estoy intentando ahorrar algo de dinero, pero nunca es suficiente.

Me muerdo el labio y me enredo un mechón de pelo entre los dedos. No me gusta verlo tan mal, no estoy acostumbrada.

–¿Sabes? Aún tengo algunos ahorros del trabajo que tuve en verano. Puedo...

–No, Hailey –niega con rapidez haciéndome un gesto con la mano.

–No seas orgulloso, ya me lo devolverás con calma.

–Con eso no bastaría.

–Entonces podríamos hablar con papá para que te eche una mano –sugiero con insistencia.

–Escucha: ni tú, ni yo, ni papá tenemos todo ese dinero.

–Dios mío, ¿pero de cuánto dinero estamos hablando?

–Créeme, no quieres saberlo.

Vuelvo a mirar a mi alrededor. Me gustaría poder ayudarle, porque aún no puedo creer que alguien como él haya caído tan bajo. Tiene que haber algo que pueda hacer para ayudarle.

–¿Has intentado explicarle al banco la situación y pedirle unas cuotas más pequeñas? Déjame ver los documentos, a lo mejor se me ocurre algo que podamos hacer –sugiero.

–No hay ningún banco –me confiesa–. Ninguna entidad concedería un crédito a alguien como yo. Tuve que buscar otro modo de hacerlo. Uno no muy convencional.

–Oh, no. ¿Prestamistas? –intuyo.

–No exactamente, pero...

–Tenemos que contárselo todo a mamá y papá, ¡ya! –le interrumpo mientras saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros.

–Primero, no puedes llamarlos ahora, porque son las cuatro de la mañana en Illinois –me detiene enarcando una ceja–. Y segundo, no quiero que lo hagas tú. Hasta el momento no le he pedido ayuda a nadie, y tampoco pienso hacerlo ahora.

–¿Quieres seguir mintiéndoles? ¿Crees que se merecen eso?

–Papá y mamá han trabajado toda su vida para que podamos estudiar, y a su edad merecen irse a dormir tranquilos. No quiero que se arruinen por mis problemas, ya no soy un niño –me dice serio, como si me estuviera regañando.

–Bueno, ¿se te ocurre algo mejor?

Se encoge de hombros, se vuelve a poner en pie y mira el reloj que hay en la pared.

–Me las apañaré, sea como sea. No te preocupes.

–Pero Jamie, yo...

–Lo siento –me interrumpe agachando la cabeza durante algunos segundos–. Siento que hayas tenido que hacer un viaje tan largo y que lo hayas planeado todo al detalle para encontrarte con esta situación. Y siento haberte decepcionado –murmura mientras abre los brazos y niega con la cabeza–. Ojalá te hubiera recibido en un piso de lujo para que te quedaras todo el tiempo que hiciera falta mientras te instalases, pero ahora esto es todo lo que puedo ofrecerte. Si prefieres volver a casa, no te lo reprocharé.

Le doy un abrazo. Me gustaría seguir regañándole, pero sé que no serviría de nada. El pobre ya está bastante desmoralizado.

Jamie coge una gorra amarilla del perchero, se la pone en la cabeza y señala hacia la puerta.

–Tengo que ir a trabajar, pronto comienza mi turno. Tú descansa, que estás hecha polvo. Si quieres, puedes dormir en mi cama.

–¿Y tú?

–Trataré de conseguir un futón japonés.

Asiento y lo acompaño hasta la puerta. Me entrega las llaves, colocándolas sobre la palma de mi mano, y me sonrío con tristeza.

—¿Sabes? Ahora que te he contado la verdad, me siento mucho mejor. Estoy muy contento de que estés aquí. —Me guiña un ojo, abre la puerta y pone un pie fuera—. Me alegro de volver a verte.

Me despido de él y cierro la puerta con llave desde dentro. Oigo sus pasos fuera, en el rellano, y después en las escaleras durante algunos segundos más.

Me paseo por el pequeño apartamento y observo los pocos muebles que hay. La cocina tiene un aspecto desgastado: los fogones están sucios, el microondas está desenchufado, las dos ventanas solo se abren hasta la mitad y dan a los edificios contiguos, así que no entra mucha luz. En el dormitorio hay una cama, una mesita de noche y un armario pegados a las paredes y varios percheros que cuelgan del techo para secar la ropa. Me tumbo sobre las sábanas y miro hacia arriba mientras observo unos calcetines secos que cuelgan sobre mi cabeza.

Creo que, aunque decidiera quedarme, este sitio nos quedaría demasiado pequeño. Pero si el sueldo en la Saito fuera más decente, Jamie y yo podríamos juntar todo nuestro dinero para pagar rápidamente a sus acreedores. Y tal vez, incluso, podría conseguir un bonito piso para mí.

Doy una vuelta en la cama y me tapo los ojos con el brazo para protegerme de la luz. Estoy a punto de dormirme y comienzan a venirme a la mente algunos recuerdos de mi infancia.

Marcharme de aquí implicaría abandonarlo a su suerte y yo sería una pésima hermana si lo dejara solo ahora que tiene problemas. Pero en este momento tengo demasiado sueño como para ponerme a pensar en ello.

2

Hailey

Oigo algunos golpes y el sonido de un timbre. Al principio, ni siquiera sé de dónde vienen. Pienso que estoy en mi casa y que es de madrugada, pero en cuanto abro los ojos me veo en un lugar que no reconozco, sudando y desorientada por la oscuridad y el olor a humedad. Parpadeo un par de veces antes de darme cuenta: estoy en Tokio, en la cama de mi hermano, hace un calor de mil demonios y no sé ni qué hora es.

Me levanto, me deslizo desde el pequeño cuarto hasta la cocina con los pies descalzos. Me acerco a la puerta y me pongo de puntillas para ver a través de la mirilla.

–¿Quién... quién es? –murmuro sin darme cuenta de que tendría que haberlo dicho en japonés.

Enseguida reconozco la gorra amarilla que llevaba Jamie antes de irse.

–Hailey, soy yo. ¿Me abres?

–Ah. Sí, sí.

Con los ojos aún soñolientos, trato de encontrar las llaves y de forzar la cerradura para dejar pasar a mi hermano. De pronto, un olor muy desagradable me invade las fosas nasales.

–Creo que deberías darte una ducha, Jamie.

–Tú también.

Agacho la cabeza y me huelo la camiseta. Dios mío, tiene razón.

–¿Pero qué temperaturas son estas? –protesto mientras él cierra la puerta y coloca dos bolsas sobre la encimera de la cocina—. Es como una sauna, no se puede respirar.

–Pues esto no es nada, hermanita. Tendrías que haber visto el mes pasado. Aquí el verano da mucho asco, pero ahora es

distinto. Unas semanas más y ya tendrás que ponerte una chaqueta –me explica mientras enciende el ventilador de techo, que primero empieza a chirriar y luego propaga una pequeña ráfaga de aire que apenas me alivia.

–¿Pero cómo puedes soportarlo?

Él se encoge de hombros, rebusca en las bolsas y saca de ellas unas cajas de patatas fritas y unos sobres de ketchup.

–Uno se acaba acostumbrando.

Me acerco a la cocina. Jamie también ha traído dos hamburguesas, un plato de verduras mixtas que no soy capaz de identificar y un par de bebidas.

–Dime cuánto te debo.

–Nada –responde dándole un bocado a su hamburguesa–. Lo único bueno de mi trabajo es que me dejan llevarme a casa los pedidos equivocados, así que puedo traer cena gratis casi todas las noches. Siempre se equivocan con algo en cocina.

–¡Oh, guau!

Cojo una patata con la punta de los dedos, pero mi estómago está revuelto y se niega a colaborar.

–No tengo hambre. Creo que voy a hacerme un café.

–Tienes que comer algo, si no ¿cómo vas a afrontar la entrevista de mañana?

–¿Ma... mañana? –Me paso una mano por el pelo y suspiro. Estoy hecha un lío, ya no recuerdo nada.

–Mañana por la mañana. Lo has dicho tú –responde extrañado–. Pero si ya no quieres ir, lo entiendo.

–Claro que voy a ir –murmuro–. ¿Cuánto tiempo queda?

Se ríe y se mira el reloj.

–Once horas, más o menos.

–Uf, cómo odio el *jet lag*.

–¿Qué quieres, Hailey? ¿Quieres que te contraten?

–Pues sí. No sabes lo que me costó conseguir todas las recomendaciones necesarias para esta entrevista. No voy a echarme para atrás justo ahora –respondo seria–. Me quedaré aquí y te echaré una mano con todo. Es una empresa importante que

va en aumento, los sueldos serán buenos. Así podremos pagar a medias el alquiler, las facturas y la comida. Y lo que sobre lo ahorraremos para pagar tu deuda.

Él deja de masticar y me dirige una mirada seria.

–Ya sabes que no puedo aceptarlo.

–¿Por qué no? Ya me lo devolverás todo cuando puedas, al menos te librarás de los problemas. Tú harías lo mismo por mí, no lo niegues.

Suspira, abre una lata de cerveza y bebe un sorbo.

–No, no lo niego.

–Vale, entonces ya está decidido.

–Entonces, ¿de verdad estás pensando en instalarte aquí?

Empiezo a sentir un poco de hambre. Cojo la otra hamburguesa y la abro para saber qué lleva dentro.

–Sí, mientras pueda permitirme un piso con aire acondicionado y más grande que este, sí.

Jamie se apoya en la encimera y sigue comiendo de pie, aún con la gorra puesta. Parece muy cansado.

–Piénsatelo bien. La vida en Tokio no es fácil, sobre todo para gente como nosotros. Aquí, los occidentales no tenemos muy buena imagen y la gente suele hablar fatal de nosotros. Desconfían desde el primer momento.

–Sí, he leído algo sobre eso en Tumblr.

–Y si encima no hablas bien su lengua, peor.

–Hice un curso especial para eso. Me iba muy bien –insisto y le doy un bocado a la hamburguesa.

–Vas a necesitar algo más que eso para las conversaciones del día a día.

Mastico, trago el bocado y arrugo la nariz.

–¡Qué asco, lleva pepinillos!

Jamie se ríe, me ofrece su hamburguesa a cambio de la mía y me revuelve el pelo con una mano.

–Oye, te quiero –murmura algo avergonzado.

Me da la risa, porque tiene una cara preciosísima. Nunca solemos decirnos ese tipo de cosas.

–Yo también te quiero, pero, de ahora en adelante, basta de mentiras. ¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

3

Hailey

No ha sido una noche fácil. Mi hermano ha dormido como un lirón en su futón. Yo, en cambio, apenas he podido pegar ojo y he estado totalmente desvelada hasta el amanecer, resoplando en una cama que estaba tan caliente como un horno. Traté de refrescarme dándome una ducha, pero el baño es tan pequeño que enseguida se llenó de vapor, y me he pasado las horas siguientes preparándome mentalmente para la entrevista, imaginándome las posibles preguntas que podrían hacerme y sus respuestas. Jamie me ha dado algunos consejos para afrontarla, pero dudo que pueda recordarlos todos. De momento, lo único que quiero es llegar a la sede de Saito con buen aspecto y sudando lo menos posible.

–Venga, una vez más –dice Jamie pasándose una toalla por sus rizos rubios y despeinados–: ¿Cómo te diriges al jefe?

–*Kaichou-sama*.

–Muy bien. Y acuérdate de hacer siempre una reverencia. Aquí es mejor que te pases de respetuosa que arriesgarte a parecer una maleducada.

–Sí, me acordaré –afirmo mientras me extiendo el rímel por las pestañas.

–Intenta salir con tiempo, Marunouchi es una zona caótica. Ten siempre a mano el navegador de tu teléfono si no quieres perderte.

–Sí, sí, ya me lo has dicho.

–Y, sobre todo, atenta a los billetes. Hay muchas compañías ferroviarias y cada una tiene sus propios trenes y taquillas. Las

distinguirás por sus colores –me explica–. No puedes subirte a un tren con un billete de otra compañía.

–Entendido.

–Ah, y... ponte unos zapatos cómodos. Puede que no encuentres sitio y te tengas que quedar de pie durante todo el trayecto.

–Vaya, no lo había pensado.

Dejo el espejo que estaba usando para maquillarme y empiezo a rebuscar en mi maleta para ver si encuentro un par de zapatos planos.

–Bueno, me tengo que ir a trabajar –dice Jamie poniéndose la gorra sobre el pelo todavía húmedo–. ¡Buena suerte!

Respiro hondo para tratar de calmarme, muevo el ventilador de la mesa hacia mí y empiezo a vestirme, cogiendo la ropa con la punta de los dedos para no arrugarla.

Para esta entrevista, he optado por llevar un traje de chaqueta rojo, aunque, a juzgar por estas temperaturas, tendré que prescindir de la chaqueta. Me miro en el espejo: el maquillaje está bien y mi pelo también. Estoy lista.

Cojo mi bolso y salgo de casa, siguiendo rigurosamente el recorrido en el navegador. Bajo las escaleras hasta la planta baja, salgo a la calle y miro a mi alrededor. Hace tanto bochorno que me cuesta respirar y me da la sensación de que el asfalto está ardiendo. En esta zona, los alquileres son asequibles, pero no hay prácticamente nada. No hay tiendas, ni locales, ni restaurantes, solo algunas máquinas expendedoras en las esquinas y una lavandería autoservicio con un cartel amarillento que parece haber visto tiempos mejores. A la entrada, una anciana me mira las piernas descubiertas con indignación. ¡Ni que estuviera en pijama!

Después de caminar unos minutos, llego a la estación. Compro un billete y me pongo a la cola a esperar el tren. Noto que algunas personas me miran con curiosidad, aunque la mayor parte de la gente está demasiado ocupada mirando su teléfono móvil y no me presta atención. Mejor así.

En el tren, tengo la suerte de encontrar un asiento libre después de un par de paradas. Durante los primeros minutos, solo veo subir pasajeros y estudiantes, pero a medida que nos acercamos a Marunouchi, las cosas cambian: hombres de negocios, mujeres elegantes con bolsos de diseño y algún que otro occidental. Y, aunque hasta hace unos minutos estaba segura de que tenía un aspecto impecable, ahora presiento que no voy lo suficientemente arreglada para el lugar al que me dirijo.

Trato de estudiar los rostros de los pasajeros de reojo. Me pregunto si alguno de ellos será un compañero mío en el futuro. En fin, si pueden permitirse esa ropa, los sueldos tienen que ser muy buenos, no hay otra explicación. En cuanto anuncian mi parada, me levanto y me preparo para bajarme del tren. Nada más poner los pies en el suelo, solo tengo que echar un rápido vistazo a mi alrededor para darme cuenta de que estoy en la parte más rica y cosmopolita de la ciudad, donde incluso mi mejor traje, que he escogido con mucha atención, parece inapropiado. La fachada histórica de la estación, con sus ladrillos rojos, me llama enseguida la atención. Ni siquiera parece pertenecer a esta época. A su alrededor hay rascacielos enormes, edificios imponentes y sedes de grandes multinacionales. Comienzo a hacer fotos de cada detalle que veo y las comparto en mi Instagram, aunque a estas horas, con la diferencia horaria, dudo que mis amigos las vean. Hay un tráfico increíble, incluso en las aceras. Me dirijo hacia la sede de Saito tratando de no cansarme. No quiero quedarme sin aliento durante la entrevista. Las indicaciones del navegador me llevan hasta el pie de lo que parece ser una torre hecha de espejos, cuya parte más alta no llego a divisar. Enfrente de mí hay dos estanques artificiales, una fuente zen y unas piedras brillantes sobre un césped tan sumamente cuidado que parece de mentira. En el centro, unas farolas negras rodean un camino empedrado que conduce a la entrada del edificio.

Respiro muy hondo antes de recorrerlo. Veo a algunos empleados que entran y a otros que pasan de largo sin fijarse en

mí. Me paso los dedos por mi pelo rizado y avanzo decidida, con la cabeza alta y la espalda recta. El suelo de la recepción es de mármol, las paredes están pintadas de un color carbón bastante oscuro, pero, a pesar de ser media mañana, hay unas lámparas de techo encendidas que iluminan toda la sala. Me presento siguiendo todos los consejos de Jamie: con una reverencia formal, un tono agradable y la voz no muy alta. La recepcionista me indica que las oficinas de la Saito Financial Company se encuentran en la novena planta y me señala el ascensor que hay que tomar para llegar a ella.

El aire acondicionado no tarda en hacerme sentir algo mejor, pero a medida que el ascensor va subiendo hasta la novena planta, me voy poniendo más nerviosa. Me desorienta oír una lengua tan distinta a la mía. Para entender lo que dicen las personas que me rodean necesito concentrarme mucho y, aun así, algunas palabras se me escapan. Pero no puedo dejarme llevar por la inseguridad justo ahora.

El número nueve se ilumina en la pantalla y las puertas se abren. Respiro hondo y salgo del ascensor tratando de ocultar que me tiemblan las piernas. Delante de mí hay una mujer que ha notado mi llegada y me está esperando. Tiene el pelo negro y liso con un flequillo perfecto, lleva un traje beis y tiene pinta de ser la empleada del mes. Me recibe con una reverencia muy elegante, que yo le devuelvo, y se presenta con una sonrisa:

–Buenos días, me llamo Kawamura Yuki. Usted debe de ser la señorita Hailey Young.

Asiento, y me doy cuenta de que tiene una copia de mi currículum en la mano, así que debe de ser mi jefa. Me resulta curiosa la manera que tiene de pronunciar mi nombre. Esperaba que estuviera más familiarizada con el inglés.

–Es un placer conocerla, *Kaichou-sama* –digo con claridad. Ella me mira sorprendida y parpadea varias veces.

–Yo no soy la presidenta, gestiono las comunicaciones –me corrige y me habla más lentamente, como si temiera que no

fuera capaz de comprender su lengua—. Y soy la encargada de mostrarle nuestras instalaciones antes de la entrevista.

—Ah... discúlpeme —murmuro haciendo otra reverencia.

—Sígame, por favor.

Acabo de llegar y ya he empezado mal.

La señora Kawamura camina con pasos ligeros sobre sus vertiginosos tacones, como si se estuviera deslizando sobre el hielo. Me explica la división de los departamentos haciéndome gestos con las manos, y se detiene sobre una mesa vacía para decirme que, si todo va bien, ese podría ser mi futuro lugar de trabajo. Y a mí me gustaría acribillarla a preguntas, pero prefiero no mostrar demasiado entusiasmo, por ahora.

Las oficinas no difieren mucho de cómo las había imaginado. Son silenciosas, ordenadas, los empleados están encorvados delante de sus pantallas y hay hileras e hileras de mesas separadas por paneles divisorios opacos. La limpieza del lugar es ejemplar: hay plantas cuidadas en cada esquina y todos los espacios están muy bien delimitados. Lo que más me llama la atención es una sala de descanso, donde hay sofás, mesas y sillas, un bar de refrescos amplio y bien equipado, e incluso un jardín donde se puede comer y disfrutar de un poco de naturaleza en plena metrópoli. Dios mío, todo es perfecto.

Seguimos caminando, nos dirigimos de nuevo hacia las oficinas y tomamos un pasillo largo y muy amplio cuya pared está repleta de fotos. Ella me las muestra una por una, con gran orgullo.

—Este es nuestro presidente junto con algunos de sus clientes más importantes, empresarios muy famosos que seguramente reconocerá.

Pero yo no reconozco a ninguno, porque aún no tengo mucha idea sobre el mundo financiero japonés. El presidente, el rostro que más aparece en las fotos, no parece muy mayor y tiene una apariencia seria, como la de un samurái. No puedo evitar ponerme nerviosa ante la idea de que voy a conocerlo en persona.

Levanto la cabeza y me doy cuenta de que esta pequeña visita está a punto de terminar, porque frente a nosotras hay

una puerta muy grande y oscura que tiene toda la pinta de ser el despacho del presidente. Me aclaro la garganta e intento tantear el terreno.

–Imagino que aquí todos sentís mucha admiración por su trabajo.

Kawamura hace una mueca extraña y gira la cara hacia un lado.

–Así es. De hecho, lo echamos mucho de menos.

–¿Quieres decir que el presidente... –balbuceo mientras trato de encontrar las palabras adecuadas– ha fallecido?

–Oh, no –niega con firmeza, algo indignada–. Pero debido a sus problemas de salud, tuvo que confiarle la dirección de la empresa a su hijo mayor. Y ahora él es el presidente.

–Un momento...

Pero mi guía no me escucha. Se detiene a unos pasos de la puerta, mira hacia el cielo y suspira. Después golpea un par de veces la madera maciza.

–Con permiso.

Kawamura espera un momento antes de abrir la puerta y después desaparece tras ella durante unos minutos. El tiempo suficiente para que mis nervios se disparen por todo lo alto.

Poco después reaparece con un gesto visiblemente apenado, se hace a un lado para dejarme pasar y hace una reverencia.

–Por favor, pase, señorita Young.

Tengo que estar tranquila y mantener el control. Cruzo la puerta muy lentamente y me inclino para hacer una reverencia justo antes de ver la cara de la persona que tengo delante.

–Buenos días, *Kaichou-sama*.

–Cierre la puerta, por favor.

Su voz es grave, joven, seria y segura. Mientras me incorporo, estudio su figura: tiene la cabeza inclinada hacia unos documentos, una preciosa pluma estilográfica entre los dedos de su mano derecha y, a pesar de ser verano, lleva chaqueta y corbata. Tiene el pelo oscuro, peinado hacia un lado, las pestañas largas y el rostro suave, afeitado a la perfección. Está sentado detrás de un enorme escritorio de caoba, en un sillón de cuero con

respaldo acolchado, y no parece dispuesto a levantarse para recibirme.

Retrocedo unos pasos para cerrar la puerta y espero a que al menos me haga un gesto, pero todavía no ha levantado la cabeza para mirarme. Pasa algunos papeles con los dedos y se aclara la garganta.

–Bien, señorita Hailey Young. Le adelanto que su perfil se ajusta perfectamente a las expectativas de la empresa. Esta entrevista no es más que un mero trámite.

–¿Cómo?

Esta vez, el presidente me dirige una mirada, levantando el rostro. Sus ojos son finos, afilados y no denotan amabilidad. Trago saliva y separo los labios con asombro. Jamás habría imaginado que me encontraría con un hombre tan atractivo frente a mí. Debe de ser joven, tan solo unos años mayor que yo, y sus rasgos parecen estar dibujados por un artista: tiene los pómulos altos y muy bien definidos, los labios oscuros y la barbilla alargada.

–Siéntese, por favor –me invita, señalando con su mano una butaca que hay delante de él.

No me gusta cómo me trata, me hace sentir inferior y estúpida. Y lo peor de todo es que creo que lo hace a propósito. Tengo que encontrar una manera de impresionarlo.

Me siento y me inclino ligeramente hacia delante para ver lo que está leyendo: es una copia de mi currículum, idéntica a la que tenía la señora Kawamura.

–Veo que viene del... norte de Chicago –enfatisa levantando la comisura de los labios como con asco–. Y que ha obtenido un máster en Administración de Empresas por la Universidad de Chicago.

Asiento, orgullosa, pero me siento confusa. Hay algo extraño en esta conversación, aunque a primera vista no puedo entender el qué.

–Y, además, su currículum va acompañado de la carta de recomendación de una profesora –añade mientras le echa un vistazo a un par de hojas–. Muy bien.

Tomo aire para responder, pero al final dudo.

Acabo de entender lo que está ocurriendo: me está hablando en inglés, con una pronunciación fluida y perfecta, salvo por alguna pequeña imprecisión. Y lo hace con tanta naturalidad, que no me había dado cuenta hasta ahora.

–Sí, fui la ayudante de la profesora Wang durante dos años –añado orgullosa, pero él me mira con duda, como si algo de lo que he dicho estuviera incompleto–. Ella firmó la carta de recomendación –especifico agachando un poco la cabeza.

El presidente permanece impassible y pasa otra de las páginas de mi currículum.

–Tenemos muchos vínculos con universidades extranjeras y, aunque yo soy el responsable de ello, si su profesora le ha escrito una carta de recomendación imagino que usted posee unas excelentes cualidades –continúa diciendo mientras lee y sacude la cabeza–. Si bien su currículum no demuestra nada del otro mundo.

«Qué gran hijo de puta».

Está claro que lo está haciendo a propósito para incomodarme. Quiere resaltar la diferencia que hay entre nosotros: yo, una chica que ha vivido toda su vida en los suburbios y que ha tenido que luchar mucho para conseguir una beca; y él, el hijo mayor de un gran empresario, que ha nacido con suerte y que ya se encuentra al frente de una importante empresa financiera. Apuesto a que se está divirtiendo, así que empiezo a analizarlo mejor y lo confirmo en cada detalle: el reloj que lleva en la muñeca podría costar lo mismo que cuesta un coche y la pluma que tiene entre los dedos tiene su nombre grabado en dorado: SAITO NAOKI. Es como si se autoalabase con todas esas cosas, aunque... ¡Madre mía, si es que hasta su nombre es bonito!

–Puede hablarme en japonés –le digo con una sonrisa pícaro, intentando presumir de lo que he aprendido en clase–. Lo estudié durante un año. Lo pone en el currículum.

Él arquea una ceja y a mí me da la sensación de que se está aguantando la risa.

–Créame, me cuesta menos hablar en su lengua que intentar entenderla a usted intentando hablar la mía. Pero no se preocupe, tendrá tiempo para mejorar su pronunciación –me responde haciéndome arder de rabia–. Su función será comunicarse con nuestros clientes en el extranjero. La mayor parte del tiempo hablará en inglés.

Será guapo, pero acabo de conocerle y ya siento que quiero aplastarle la cabeza. Aprieto los puños sobre mi regazo y me hago daño en las manos. Jamie me aconsejó que no fuera impulsiva, que me comportara educadamente y que evitara mostrar mi mal genio, pero es muy difícil.

El presidente apoya su pluma sobre otro documento, lo gira hacia mí y me marca algunos puntos.

–Un par de firmas aquí, por favor –me indica con tono de listillo.

Escribo mi nombre mientras contengo un suspiro. El contrato está en japonés y para estudiarlo a fondo necesitaría al menos diez minutos y tal vez un diccionario, pero no me apetece quedarme aquí sentada más tiempo de lo debido. Le echo un vistazo rápido al salario y veo que hay unos cuantos ceros. Ahora mismo eso es lo único que me importa.

–Muchas gracias –dice cogiendo una copia del contrato para él y entregándome la otra. Después se levanta y señala hacia la salida con su brazo–. De ahora en adelante, Kawamura-san será su supervisora y le explicará todas sus tareas con detalle. Por favor, diríjase a ella si tiene cualquier pregunta. Y ahora, si me disculpa...

Hace un gesto que me llama la atención: se remanga la manga izquierda, tirando de ella desde un punto cercano al codo para mirar su reloj. Quizá sea un truco para no ensuciarse los puños de la camisa.

Me pongo en pie y vuelvo a hacer una reverencia justo antes de irme. Jamie me hizo memorizar una frase muy ñoña para decir al final de la entrevista, y creo que es el momento de decirla:

–Gracias por darme esta oportunidad. Trataré de esforzarme al máximo por el bien de esta empresa.

–Los fines de semana las oficinas están cerradas, pero podrá empezar a trabajar a partir del próximo lunes.

Dios mío, ojalá pudiera clavarle esa pluma estilográfica en un ojo.

Fuera del despacho, la señora Kawamura me está esperando con el mismo gesto serio de antes.

–Enhorabuena –me dice amablemente en cuanto me acerco.

–Gracias. Será todo un honor trabajar aquí –respondo exagerando de nuevo–. Procuraré hacer mi trabajo lo mejor posible para que mi inexperiencia no le cause ningún inconveniente, Kawamura-san.

Mi nueva compañera parece impresionada por mis palabras. Por lo visto, Jamie tenía razón: aquí, la obsequiosidad es un plus. Me sonrío y asiente con la cabeza.

–Estoy segura de que aprenderá muy rápido.

Kawamura me lleva otra vez a las oficinas. Me presenta a algunos compañeros con los que intercambio cumplidos, les dice a todos que empezaré a trabajar con ellos a partir del lunes y les pide que «cuiden de mí». Otra particularidad japonesa a la que tendré que acostumbrarme. Pero, por lo demás, parecen muy amables. Estoy deseando contárselo todo a mi hermano.

La supervisora me acompaña hasta el ascensor. El mismo en el que he subido hace apenas unos minutos, aunque parece que ha pasado una eternidad. Sin embargo, antes de que pueda llamarlo, Kawamura me detiene y me empieza a hablar en voz baja y en tono avergonzado:

–¿Me permite solo un apunte, señorita?

–Sí –respondo extrañada.

Ella me mira de arriba abajo e inclina la cabeza hacia un lado.

–Es mi deber decirle que es importante vestir de acuerdo con la imagen de la empresa. Por este motivo, le pido que respete nuestro código de vestimenta –me explica lentamente–. No está permitido usar faldas por encima de la rodilla, como la suya, así

como las camisetas sin mangas. Puede llevar pantalones, pero siempre y cuando sean de corte clásico. Además, tampoco se aconseja llevar estampados o colores muy llamativos, demasiado maquillaje o peinados muy elaborados.

No necesito mirarme al espejo para darme cuenta de que me he equivocado absolutamente en todo: el color de mi ropa, el pintalabios, los tirabuzones... Y yo que creía que iba guapa. El presidente debe de tener una malísima imagen de mí.

–Lo siento –me disculpo mientras agacho la cabeza–. Lo tendré más en cuenta de ahora en adelante.

–Se lo agradezco –responde con amabilidad. Después me hace una reverencia en señal de despedida–. Trate de descansar bien el fin de semana.

Cuando por fin me quedo sola en el ascensor, me apoyo en la pared y suspiro profundamente para liberar la tensión. Mientras espero a llegar a la planta baja, me pongo a releer los puntos más importantes del contrato que acabo de firmar. El salario me parece extremadamente alto y empiezo a pensar que quizá haya un error.

«Piensa, Hailey. Tiene que haber una trampa».